

desta vida, que de la mala entre los deleites della. Y sobre el Génesi dice él mismo (d), que el alegría de la buena consciencia es un paraíso. Por donde la Iglesia, en aquellos que templada, y piadosa y justamente viven, se llama paraíso de deleites; el cual florece con abundancia de gracias y castos deleites.

Con esto tambien se junta que á la entrada deste camino suele nuestro Señor hacer muy buen tratamiento á los que de nuevo entran á servirlo: como lo vemos representado en el recibimiento del hijo pródigo (e). Porque como sabio y piadoso padre, entiende que no podrá un hombre habituado á los gustos y vicios del mundo, abrazar luego la cruz de la penitencia, si no fuere cebado y recreado con otros gustos mayores. Por tanto, ya que se determinó de llamarlo á su servicio, tambien se determinó de proveerle de todo lo necesario para efectuarse este llamamiento; pues sus obras son perfectas y acabadas, y no las comienza ni abre los cimientos sino para cargar sobre ellos el edificio. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio (f), que al principio de la conversion hay halagos y dulzuras, y en el medio batallas y tentaciones; mas en el fin la perfeccion de una hermosa victoria de las batallas pasadas. La causa destas consolaciones que reciben los principiantes es, la novedad y grandeza de los misterios que comienzan á ver con la nueva luz que les dan, de los cuales ántes no tenían mas que un conocimiento muerto, como tambien era muerta la fe dellos. Mas agora con esta luz es tan grande el alegría y admiracion de ver cosas tan admirables, que hasta entónces no habian conocido, que no acaban ni de maravillarse de cosas tan grandes como las que contienen los misterios de nuestra fe, ni de alegrarse de ver las nuevas mercedes que de nuestro Señor reciben. Esto acaece tambien en las cosas humanas. Quien nunca salió de una aldea, cuando entra en Venecia, ó en otra insigne ciudad, no acaba de maravillarse de cosa tan nueva y tan hermosa; mas en el que ya la vió muchas veces, cesa esta admiracion, porque cesó tambien la novedad. Pues esto mismo acaece á aquellos cuyos ojos nuestro Señor abrió para ver la hermosura y grandeza de su casa. Finalmente, por muy poco que sea lo que se da, son tan grandes los pocos de Dios, que sobrepujan todos los muchos del mundo. Por lo cual dijo David (g), que valia mas un poquito de lo que Dios da al justo, que las grandes riquezas de los pecadores. Y su hijo Salomon dice (h): Que mas vale un poquito con temor de Dios, que tesoros grandes y insaciabiles.

Estos dos efectos tan nobles de la religion cristiana, que son la bondad y felicidad que en estos dos capítulos precedentes habemos explicado, prueban claramente ser ella verdadera. Porque no lo siendo seguirseía que una de las mayores mentiras y blasfemias del mundo era causa de la mayor bondad y felicidad que hay en el mundo. Porque como todo el fundamento della sea confesar que Cristo es verdadero hijo de Dios, no siendo esto así, nuestra fe confesaría una de las mayores falsedades y blasfemias del mundo, creyendo en un hombre que se hacia Dios sin serlo: que es la mayor falsedad, y maldad y blasfemia de cuantas el entendimiento humano puede imaginar. Pues siendo esto así, ¿cómo era posible que de la mayor maldad y blasfemia del mundo pro-

(d) Aug. de Genes. contra Manich. lib. 2. cap. 9. tom. 1. et ad lit. l. h. 11. cap. 40. tom 3. et epist. 57. tom. 2. (e) Luc. 15. (f) Greg. in lib. 24. Mor. cap. 15. (g) Psalm. 36. (h) Prov. 15.

cediese la mayor bondad y felicidad de cuantas se han visto en el mundo, siendo verdad que la maldad no puede parir sino maldad, y que tan noble efecto no era posible proceder de tan mala y tan abominable causa?

CAPITULO XII.

De la décima excelencia de la religion cristiana, que es haber desterrado la idolatría del mundo: que es el primer triunfo de Cristo.

Estos dos efectos de la religion cristiana, que son hacer á los hombres buenos y bienaventurados en su manera, pertenecen á personas particulares; otros hay generales que tocan á todo el mundo, ó á alguna principal parte del. Los cuales llamamos triunfos de Cristo, porque él triunfó del demonio, y triunfó del mundo; y asimismo triunfó de los que le procuraron la muerte. Los cuales son tambien efectos principales de la religion cristiana, y gloriosísimos triunfos de Cristo. De los cuales se trata mas á la larga en la cuarta parte desta escritura, donde juntamente se ponen las profecías que denunciaron mucho ántes estos triunfos, y se declara la grandeza dellos. Mas en este lugar (donde tratamos de las excelencias y efectos de la religion cristiana) será necesario decir algo brevemente dellos.

Es pues agora de saber que el mayor mal que ha habido en el mundo despues que Dios lo crió, y el mas antiguo, y mas universal, y mas injurioso de la divina Majestad, y causador de mayores males, fué el pecado de la idolatría. Todos estos males tenia este grande mal. Ca primeramente era muy antiguo, porque comenzó luego dende el diluvio, como Santo Tomas dice (a). Mas no falta quien diga que tambien reinó ántes del diluvio. Porque si era tan universal la corrupcion del mundo (b) (como la Escritura dice, y como lo muestra aquel castigo tan universal del mismo diluvio), parece que la lumbré del entendimiento humano habia de estar muy apagada para el conocimiento de Dios, y que él habia de permitir que perdiesen la lumbré de la fe los que tenían tan estragada la vida; porque este suele ser el castigo de grandes pecados, cuales eran los de aquel tiempo.

Era tambien este pecado, demas de ser tan antiguo, tan universal, que sacado un rinconcillo de Judea (donde habia un rayo de luz para conocer el verdadero Dios), todo el resto del mundo, todas las islas de la mar, y finalmente todo lo que mira y cerca el sol, estaba escurecido y contaminado con esta mortal pestilencia.

Era tambien este pecado el mas injurioso de la divina Majestad de cuantos hay. Porque esto era quitar á Dios su silla, y asentar en ella al demonio su capital enemigo, y tomar la corona real de su divinidad, y ponerla en la cabeza de Satanas, que en los ídolos era adorado. Y junto con los ídolos vinieron de lance en lance á tanta ceguedad, que adoraban los animales brutos, y las aves, y las serpientes, como el Apóstol dice (c), y los dragones, como se escribe en Daniel (d). Callo otros feisimos, deshonestísimos y abominables dioses que adoraron, de los cuales trataremos adelante.

Pues pregunto agora, ¿cuál habia de ser la vida, cuáles las costumbres de los que tales dioses adoraban? Porque aquí señaladamente se monstraba la severidad de la justicia divina, permitiendo que los tales adoradores cayesen en todos los despeñaderos de vicios y abominaciones que se pueden imaginar: los cuales refiere el

(a) 2. 2. quæst. 94. art. 4. ad 2. (b) Genes. 6. (c) Rom. 1. (d) Dan. 11.

Apóstol en el primer capítulo de la epístola escrita á los romanos (e), como adelante veremos.

Pues ¿qué diré de los sacrificios que se ofrecian á estos ídolos (f)? De los cuales unos eran deshonestísimos (como los que se hacian á honra de la diosa Vénus y de la diosa Flora), otros eran furiosos (como los que se ofrecian al dios Baco, que era dios del vino, que llamaban bacanalía), otros eran cruelísimos, de que hace mencion la sancta Escritura (g), donde los padres (despojados del amor natural, que hasta las bestias tienen á sus hijos) sacrificaban á sus mismos hijos y los pasaban por el fuego como hizo Manasés (h), rey de Judea.

Pues si tantos males traia consigo esta pestilencia, y esto no en un reino ó provincia, sino en todo el universo mundo, síguese que el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar del un tan grande mal. Pues este tan grande beneficio se debe á la religion cristiana y á la virtud y omnipotencia del Salvador: el cual por el ministerio de unos rudos y pobres pescadores, batallando continuamente, no con armas de hierro, sino con la virtud del Espíritu Sancto, á pesar de todo el mundo, desterró esta pestilencia del. Estos pues asolaron los templos de los ídolos, derribaron sus altares, quemaron, y despedazaron y arrastraron sus ídolos, y derribaron de su trono al príncipe deste mundo, que en todo él era adorado.

Y fué así que continuándose en estos tiempos por una parte la predicacion del Evangelio y por otra la furia de los tirannos contra la Iglesia, sucedió el negocio de tal manera, que quanto mas procuraban los tirannos extinguir el nombre de Cristo y el número de los cristianos, martirizando cada día millares dellos, tanto mas ellos crecian y se multiplicaban, como refieren las historias de la Iglesia. Y si algun incrédulo pusiere sospecha en ellas, no la puede poner en Plinio segundo, que era gentil: el cual siendo gobernador de una provincia, y viendo la muchedumbre de cristianos que cada día se mataban, escribió al emperador Trajano una carta, que hoy día anda entre las otras suyas, dándole cuenta de la mucha gente que cada día moria sin cometer delicto alguno contra las leyes romanas; la cual con todos los tormentos que padecía, crecia tanto que cada día se disminuian mas los sacrificios y culto de los ídolos. Lo susodicho es de Plinio: el cual en estas palabras abiertamente confiesa la disminucion del culto de los ídolos y la muchedumbre y constancia de los cristianos que padecian por la fe. De modo que como se escribe del reino de Isboseth, hijo de Saul (i), y del de David, que aquel cada día iba en disminucion, y el de David en crecimiento (haciéndose de cada vez mas fuerte con el favor de Dios, hasta que finalmente el reino de Saul se acabó y el de David permaneció y quedó victorioso y solo), así el reino del príncipe deste mundo (que es el demonio que en todos los ídolos era adorado) quedó destruido y aniquilado; y el de Cristo extendido por el mundo de tal manera, que en tiempo del emperador Constantino los mismos sacerdotes de los ídolos, viendo sus dioses tan caídos, entregaban los ídolos que tenían en gran estima y veneracion. Y á los que ántes llamaban los rayos de Júpiter, sacaban por sus manos de los soterraños y escondrijos donde los tenían; y lo que ántes era negado á los ojos del pueblo y solamente con-

cedido ver á los sacerdotes, de ahí adelante era hecho comun y despreciado de todos como cosa vilísima. Otras muchas estatuas hechas de metales preciosos, fuéron derretidas, y acuñadas, y hechas moneda para el provecho comun de los pueblos. Otras estatuas hechas de cobre de muy hermosas labores, fuéron llevadas á Constantinopla para hermosear la ciudad, puestas en lugares públicos por las calles, y en el lugar de las representaciones, y en las casas reales: conviene á saber, Picias el adevino, Apolo y las musas Helicónides y las mesas de Apolo Delfico; y los templos fuéron despojados, unos de las puertas, otros de los ricos maderamientos; otros dejaban despreciados y hacian dellos muladares, y poco á poco se caian. Porque sabemos que entónces se destruyeron y del todo cayeron en Egea de Cilicia el templo de Asclepio, y en Afaca cerca del monte Líbano y del rio Adon, la casa de Vénus: el uno y el otro templo insignes y muy estimados por sus devotos.

Mas á este propósito será razon escribir el fin que hubo aquel magnífico templo de Sérapis, grande dios de los egipcianos, que está en Alejandría; y muchos habrán, dice Eusebio, que le hayan visto. Está edificado en alta cambré, levantada no por naturaleza, sino por artificio, mas de cien gradadas en alto; por todas partes cuadrado y de grande y espaciosa anchura, edificado de bóvedas por dentro hasta el mas alto aposento. En lo alto tenia muchas y muy abiertas ventanas, y en lo bajo soterraños para diversos usos y ceremonias de sus abominables sacrificios, y en medio repartidas muchas salas, y cuadras, y retretes, donde posaban las guardas del templo. Por defuera estaba todo el sitio cercado en cuadro de portales. En medio de todo el edificio estaba una cámara sustentada con preciosas columnas y labrada de dentro y de fuera magníficamente de mármol; y las paredes aforradas con planchas de oro, y sobre estas otras de plata, y despues otras de cobre para que guardasen los mas preciosos metales. Dentro de la cual estaba el ídolo de Sérapis, tan monstruoso de grande, que con la mano derecha tocaba en una pared y con la izquierda en la otra. El cual se decía que era labrado de todos los metales y maderas que se crien en la tierra; y sobre la cabeza tenia una medida de trigo. Otras muchas cosas tenían los antiguos fabricadas en el mismo lugar, para hacer atónitos á los miserables, que agora sería largo de contar. Y para mas encarecer sus blasfemias fantasías, habian echado fama los sacerdotes paganos, que si alguna mano de hombre tocaba en la sobredicha estatua, luego la tierra se abria, y el cielo se henderia y caería á pedazos: la cual fama tenían algunos creída, otros á lo ménos temian y recelábanla. Pero un caballero, mas armado de fe que con loriga, arrebató una hacha, y con toda su fuerza de un golpe derribó la mejilla del falso dios que encantaba los hombres. Entónces el un pueblo y el otro alzaron un gran alarido; mas ni se cayó el cielo ni se abrió la tierra: ántes el caballero prosiguiendo lo comenzado, hizo rajas el madero podrido, y derribándole en el suelo, y poniéndole fuego, y levantando la llama todo fué uno. Pero no le consumieron todo; mas hicieron una sarta de los piés, y de las manos, y de la cabeza, con su medio celemín encima, y trajéronle arrastrando por su devota Alejandría; y despues á vista de todo el pueblo le volvieron en ceniza. Hecho esto volvieron al tronco que quedaba, y acabaron de quemarle en el lugar público donde se hacian los juegos y representaciones. En este

(e) Rom. 1. (f) Aug. de Civit. Dei, lib. 6. cap. 9. et 7. It. lib. 2. cap. 26. tom. 5. (g) Psalm. 105. (h) 4. Reg. 21. 2. Paral. 35. (i) 2. Reg. 5.

tiempo, como refiere la historia Tripartita, mandó el emperador Teodosio á Teofilo, obispo de Alejandria, que destruyese los templos de los gentiles, lo cual él cumplió de buena gana. Y así despues de la quema de Sérapis, fundieron otros ídolos de metal y hicieron dellos bacías, y calderas, y otros vasos para servicio de las iglesias y mantenimiento de los pobres. Pero fué desta manera, que aunque á todos los otros dioses hicieron pedazos, tuvieron respecto á la diosa Mona. Porque á esta mandó Teofilo, obispo, que guardasen sana y la pusiesen en lugar público, para que no pudiesen negar los paganos en los tiempos venideros, cuáles eran los dioses que adoraban. Y acuérdomé, dice este historiador, que Amonio, gramático, que era su sacerdote, de quien yo aprendí gramática siendo muchacho, sintió en gran manera esta injuria, y nos decía que ninguna cosa habia tanto llegado al alma de los gentiles, como no haberse deshecho el ídolo de la diosa Mona como los otros, mas haberse guardado por escarnio dellos. Y aquí vemos á la letra cumplido lo que el Señor tantos años ántes habia profetizado diciendo (k): Agora se llega el juicio del mundo. Agora el Príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado de la tierra, esto es, puesto en una cruz, todas las cosas traeré á mí. Este pues fué el primer triunfo de la religion cristiana contra el demonio y contra todo su poder, mediante la virtud de Cristo: el cual de tal manera deshizo y aniquiló aquellos dioses de los gentiles, que hoy dia no hay rastro ni memoria dellos. Y así se cumplió aquella profecía de Zacarías (l), en la cual promete Dios que destruirá los nombres de los ídolos de la tierra, y que no habria mas memoria dellos. ¿Qué se hizo pues aquel tan nombrado Júpiter? ¿Qué es de Vénus? ¿Qué es de Latona? ¿Qué es de Apolo? ¿Qué es de Cupido y de Baal, con todos los otros ídolos, tan reverenciados de los emperadores? ¿Qué se hicieron? ¿Dónde están? ¿En qué vinieron á parar? ¿Qué se hizo toda aquella flota de dioses, que eran cuasi tantos como todas las provincias del mundo? Pues ¿quién no exclamará aquí? ¿Quién no alabaré á aquel Señor que tan gran beneficio nos hizo, pues de tan grande y tan universal mal nos libró? ¿Quién finalmente no engrandecerá la omnipotencia del Crucificado, que así pudo alimpiar la tierra, así pudo purgar la mar, así pudo santificar el aire inficionado con el humo de los sacrificios malvados y desterrar de todo el universo esta pestilencia mortal? ¿Que así pudo abatir los dioses adorados y reverenciados de todas las gentes y ponerlos debajo de los piés de unos pescadores? Pues ¿quién no conocerá ser mayor que todo el mundo, quien así lo pudo sojuzgar?

CAPITULO XIII.

De la undécima excelencia de la religion cristiana, que contiene el segundo triunfo de Cristo, por el cual triunfó del mundo, y de todos los monarcas dél.

Despues deste primer triunfo (que fué del demonio) síguese otro no ménos glorioso, que fué del mundo y de todos los monarcas y príncipes dél: los cuales todos tomaron las armas, y conjuraron contra el reino de Cristo. De lo cual se maravilla el Profeta luego al principio de sus Salmos diciendo (a): ¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Juntáronse los reyes de la tierra, y los príncipes se aliaron con ellos

(k) Joan. 12. (l) Zach. 13. (a) Psalm. 2.

para hacer guerra al Señor, y á su Cristo rey ungido. Y dice esto el Profeta, porque vió en espíritu que todas las gentes, todas las naciones, así bárbaras como políticas, con todos sus reyes y príncipes (incitados y sopladados por los demonios que en los ídolos eran adorados) se habian de levantar y conjurar en uno en defensa de sus dioses, contra el nuevo reino de Cristo. Y esta batalla duró no por una breve temporada, sino por mas de doscientos años, en catorce bravísimas persecuciones que la Iglesia padeció en tiempo de catorce reyes, segun la cuenta de Sant Augustin en el libro diez y ocho de la Ciudad de Dios (b). Porque diez persecuciones son las que comunemente se cuentan levantadas por diez emperadores romanos. La primera de Neron, en la cual padecieron Sant Pedro y Sant Pablo, con otros innumerables mártires. Porque el ejemplo de todas las crueldades y deshonestidades, Neron, mandó pegar fuego á Roma por su pasatiempo; y para excusar el odio y invidia de tan grande crueldad, echó fama que los cristianos lo habian hecho. Y para dar color á esta falsedad, mandó matar cuantos cristianos se pudieron hallar en Roma con cruellísimos tormentos. Esta pues fué la primera de las diez persecuciones. La segunda fué de Domiciano, en cuyo tiempo fué desterrado Sant Juan Evangelista, y echado en la tina de aceite herviendo. La tercera fué de Trajano, en cuyo tiempo padecieron tres santísimos pontífices: Clemente, discípulo de Sant Pedro, y Policarpo, y Ignacio, discípulo de Sant Juan. La cuarta de Antonino Vero. La quinta de Severo. La sexta de Maximino. La séptima de Decio, que martirizó á Sant Lorenzo, y fué muy cruel. La octava de Valeriano. La nona de Aureliano. Y la décima, y muy cruel, la de Diocleciano y de Maximiano. Estas diez persecuciones fueron ántes del imperio de Constantino, que fué cristianísimo. A estas diez añade Sant Augustin la de Juliano Apóstata (c), que fué la mas perniciosa de todas; porque buscó otras nuevas artes para perseguir los cristianos, privándolos de todas las honras, y favores, y estudios de buenas disciplinas, y con otras invenciones que el demonio le enseñaba.

Otra fué del emperador Valente Arriano, que cruellísimamente persiguió los católicos, y entre ellos pretendió matar al gran Basilio, obispo de Capadocia, amenazándole por medio de un presidente suyo con la muerte, si no seguia la secta arriana; al cual respondió el santo varon: pluguiese á Dios tuviese yo alguna joya para dar á quien sacase á Basilio desta vida. Y dándole aquella noche de plazo para que deliberase lo que habia de hacer, dijo: Yo mañana seré el mismo que agora soy: plega á Dios que tú no te mudes de lo que agora dices. Todas estas persecuciones fueron de emperadores romanos. Otra fué de Sapor, rey de los persas, que adoraba el sol: el cual era muy poderoso, y muy grande enemigo del nombre de Cristo; y así levantó contra él una grande persecucion, en la cual murieron muchos santos obispos, sacerdotes, diáconos, y muchas vírgines consagradas á Cristo, y muchos de otros estados mas bajos, cuyo número llegó á diez y seis mil mártires gloriosos, que con diversas maneras de tormentos fueron coronados. Antes destas persecuciones cuenta Sant Augustin (d) por la primera la de Judea, en la cual Sanctiago el mayor por mandado de Heródes fué degollado, y el menor

(b) August. de Civit. Dei, lib. 18. cap. 52. (c) Ubi supr. (d) Ubi supr.

despeñado, y Sant Pedro preso, y Sant Estéban apedreado, y Sant Matias apóstol herido y apedreado; y finalmente toda la Iglesia de Judea perseguida por Sant Pablo, que entraba por las casas, y sacaba los fieles, y poníalos en las cárceles, donde les hacia padecer por la fe lo que él por ella despues padeció. Estas fueron las persecuciones de la Iglesia, y estos los tiranos que cruellísimamente la perseguian.

Pues para tratar agora de la grandeza y gloria deste triunfo, era menester no elocuencia de hombres (porque esta no basta) sino de ángeles, para declarar por una parte la furia y rabia de los tiranos, y las invenciones nunca vistas ni imaginadas de crueldades con que atormentaban los santos, y por otra la fortaleza, la constancia, el esfuerzo de los mártires en medio de tan cruels tormentos. Porque los tiranos no pretendian matar (porque muriendo los santos y perseverando en la firmeza de su fe, quedaban ellos vencidos y los mártires vencedores), sino querian apretarlos con tantas crueldades, que viniesen á adorar sus ídolos. Y para esto buscaban mil invenciones de tormentos, y repetíanlos unos sobre otros, hasta que á los verdugos faltaban fuerzas para atormentar, y á los mártires carnes en que recibir los tormentos. Y con todo esto, consumidos ya los cuerpos, estaban los espíritus tan enteros en la confesion de la fe, que sufrían los tormentos no solo con paciencia, sino tambien con alegría, escarneciendo de los tiranos, y burlando de sus amenazas. Y todo esto padecian, por no cometer un solo pecado mortal negando á Cristo con sola la palabra, y no con el corazon: del cual pecado al punto se podían arrepentir, y alcanzar perdon como Sant Pedro lo alcanzó (e), acabando de negar. Y esta persecucion no fué en una ciudad, ó en un reino solo, porque no hubo lugar ni rincón en la tierra que no fuese bañado con sangre de mártires, especialmente Roma, Alejandria, que era grande honradora del ídolo de Sérapis (donde padeció Sancta Catalina mártir), en Antioquia, en Nicomedia, en Cesárea de Capadocia, y en Cesárea de Palestina, en Ponto, en Helesponto, en Africa, en Egipto, en Cartago, en Zaragoza (donde padecieron los diez y ocho mártires que celebra Prudencio), en Paris (donde fué martirizado Sant Dionisio con sus compañeros), en Milan (donde lo fué Sant Sebastian), en Siracusas, en Catania (donde padecieron Sancta Agueda, y Sancta Lucía, y Sancta Ines), en Bitinia, en Acaya, en Esmirna, en Tébas, y finalmente en todas las provincias del imperio romano, que tenia el sceptro del mundo dende el tiempo de Augusto que mandó describir todas las gentes (f). Y así como los lugares eran muchos y diversos, así lo eran las diferencias de las personas que padecian; porque no solo eran hombres robustos, ó de naciones bárbaras (que no temen la muerte), sino de toda suerte de personas, y de todas las edades, de viejos, de niños, y de personas nobles y ricas, y sobre todo de vírgines delicadísimas, que con fortaleza mas que varonil sufrían tormentos nunca pensados; y de las mujeres dice Cipriano, que eran mas fuertes en padecer, que los hombres en atormentar.

§. I.

Cómo de todas suertes de estados con insaciable rabia perseguian el nombre de Cristo: inflérese su mayor triunfo.

Es tambien de notar, que no solo los emperadores

(e) Matth. 26. (f) Luc. 2.

por el celo que tenían de su imperio, creyendo que sus dioses se lo habian dado, sino tambien el pueblo y la gente menuda ardian con el mismo odio contra los cristianos, por ser destruidores del culto y templos de sus dioses. De lo cual entre muchos ejemplos contaré uno solo (g): En la ciudad de Gaza, Zenon y Nectario (hermanos, no ménos en el espíritu, que en la carne) con ardiente celo de la fe destruyeron los templos de los ídolos que allí habia. Contra los cuales se ensañaron en gran manera los moradores desta ciudad, y presos con graves prisiones, los azotaron. Despues juntándose en el lugar de sus representaciones, con desordenadas voces los acusaron que habian destruido sus templos, y que otras muchas cosas habian hecho en injuria de sus dioses en los tiempos pasados. Y encendiéndose unos á otros (como se suele hacer) corrieron á la cárcel, y sacándolos los mataron cruelmente, arrastrándolos unas veces boca arriba, otras veces por las espaldas, y hiriéndolos continuamente con palos, y piedras y azotes. Oí que las mujeres salian de sus casas, y las lanzaderas de sus telares arrojaban para herirlos; y que los cocineros de las casas comunes, unos echaban sobre ellos agua herviendo, otros las ollas que cocian, otros barrenaban sus cuerpos con asadores. Pero como ya los despedazasen y quebrasen las cabezas, tanto que los sesos les echaron en tierra, sacaronlos fuera de la ciudad do suelen echar las bestias muertas, y quemando allí sus cuerpos, algunos huesos que quedaron mezclaron con las cadaveras de los camellos y de los asnos, porque con dificultad se pudiesen hallar. Pues desta manera, y con esta furia y rabia perseguian los gentiles, inspirados por los demonios que moraban en los mismos ídolos, á los que destruían esta falsa religion. En lo cual es mucho para considerar, que destruyendo los filósofos epicuros todo género de religion (h) (porque negada la inmortalidad de las ánimas y la divina Providencia, afirmando que Dios ninguna cuenta tenia con las cosas humanas, no habia para que aprovechase la religion), y con todo esto, nunca persiguieron ni á él ni á sus discípulos: ántes fué tan recibida esta falsedad, que traian su nombre esculpido en los anillos y tazas de plata, y afirmaban que este solo entre los filósofos habia alcanzado la verdad, y librado fué martirizado Sant Dionisio con sus compañeros), en Milan (donde lo fué Sant Sebastian), en Siracusas, en Catania (donde padecieron Sancta Agueda, y Sancta Lucía, y Sancta Ines), en Bitinia, en Acaya, en Esmirna, en Tébas, y finalmente en todas las provincias del imperio romano, que tenia el sceptro del mundo dende el tiempo de Augusto que mandó describir todas las gentes (f). Y así como los lugares eran muchos y diversos, así lo eran las diferencias de las personas que padecian; porque no solo eran hombres robustos, ó de naciones bárbaras (que no temen la muerte), sino de toda suerte de personas, y de todas las edades, de viejos, de niños, y de personas nobles y ricas, y sobre todo de vírgines delicadísimas, que con fortaleza mas que varonil sufrían tormentos nunca pensados; y de las mujeres dice Cipriano, que eran mas fuertes en padecer, que los hombres en atormentar.

Mas volviendo al propósito, con toda esta furia y rabia de persecuciones que se levantaron contra la Iglesia, ella quedó vencedora, y triunfó gloriosamente de todos los enemigos que con tanta fiereza la perseguian; y los tiranos con sus dioses quedaron postrados por tierra, y el Crucificado quedó victorioso y señor del campo (i): él adorado por verdadero Dios, y los falsos dioses acoceados y quemados, y echados en los muladares, como arriba contamos. Y aquí se cumplió aquella promesa del Padre Eterno, el cual hablando con su Hijo, y con su Iglesia por Esaías, dice (k): Confundidos y avergonzados quedarán todos los que pelearen contra tí. Serán como si no fuesen, y vendrán á ser destruidos los que tomaran armas contra tí. Buscarás á los que te fueron rebel-

(g) Euseb. in Eccl. Hist. (h) August. de Civit. Dei, lib. 18. cap. 41. (i) Todo el cap. 12. (k) Esai. 41.